



BEATRIZ ROGER Y LUISO SOLDEVILA

PADRENUESTRO

UN NUEVO CASO DE NICO ROS

Beatriz Roger y
Luiso Soldevila



Padrenuestro

Un nuevo caso de Nico Ros

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Beatriz Roger Torres, 2024

© Luiso Soldevila Roger, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Ilustración del interior: © archivo de los autores

Primera edición: junio de 2024

Depósito legal: B. 8.729-2024

ISBN: 978-84-08-28917-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



Esclanyà, 22 de diciembre, 7.45

—¡Hostia puta! —Son las primeras palabras que suelta el inspector Antonio Pàmies al entrar en el granero y contemplar la escena que tiene delante—. ¿Qué tenemos aquí?

A diferencia de otros que han pasado por ahí antes que él, el tufo a podrido y a muerte no lo aturde y sus ojos no revelan ni un atisbo de asco o angustia al detenerse junto al cadáver tan desnudo como el día que llegó al mundo. Solo sorpresa. Y ganas. Muchas ganas. Sin miramientos y sin saludos, entrecierra los ojos, arruga el ceño y aprieta los dientes con fuerza. Se siente como un perro de presa al que se le promete una buena cacería. Y el premio final. Se toma apenas un minuto para grabar en su retina la escena: un hombre desnudo, sentado en una vieja silla. Muerto. En lugar de su cabeza, tiene cosida al cuello, con hilo de nailon y puntadas eficaces, la de una cabra que les saca la lengua. Una flecha le atraviesa el tórax, muy cerca del corazón. El cuerpo muestra los inevitables signos del paso del tiempo. Desde luego, no era un hombre joven. En el suelo, a la izquierda, la cabra decapitada descansa para siempre. A los pies de la víctima, se está secando el resto de una orina delatora del miedo con el que, sin duda, se despidió del mundo.

Pàmies se acerca tanto al cadáver que a punto está de pisar al doctor Casals, que lo estudia en cuclillas:

—Esos modales, Tono —le reprende el forense procurando no perder el equilibrio.

—Vale, vale, doctorcito. Olvidaba que eras un remilgado y un antiguo.

—Las víctimas merecen respeto. Respeto. —Casals repite la última palabra haciendo honor a un rasgo muy suyo que Pàmies ya no tiene en cuenta y decide no responder a eso.

Cada uno entiende ese respeto de una forma y, para Pàmies, la suya es no dar tregua a los malvados. Le parece mucho más eficaz dar caza a un asesino que cuidar el lenguaje ante alguien que ya no puede oír. Ni respirar. Se inclina para observar más de cerca el extraño cadáver, en parte hombre, en parte cabra. La escena del crimen está iluminada por focos de luz tan blanca y resplandeciente que lo obligan a parpadear varias veces. El olor es nauseabundo. Una mezcla de sangre, miedo y estiércol. En el exterior todavía es de noche. Pero amanecerá. Siempre lo hace.

El comisario Héctor Narváez saluda a la jueza de instrucción y le hace señas al inspector para que se acerque.

—Buenos días, Tono. Gracias por venir. —Su mirada perspicaz se detiene en las bolsas de los párpados inferiores del inspector y en su barba de varios días—. Ya ves a qué nos enfrentamos.

—¿Al mismísimo diablo? Desde luego, se han ensañado con el tipo. —Pàmies pretende encender un cigarrillo y Héctor se lo impide con una simple mirada—. Y con la cabra. No veo la cabeza de la víctima.

—Porque no está aquí. Se la han llevado.

—Joder con el asesino rarito.

—O asesinos. En plural. Quién sabe.

—¿Quién es el fiambre?

—Oriol Mateu. Dueño de esta granja con su hermano Andreu. —Héctor señala al hombre que solloza en una esquina, consolado por el subinspector Quiroga y su infinita paciencia—. Lo ha reconocido por un lunar. Casi le da un infarto.

—¿Uri el Sordo? —Pàmies parece desconcertado.

—¿Lo conocías?

—Esto es un pueblo, Héctor.

—Claro. Pero yo también vivo en él y no lo había visto nunca.

—Porque tú eres un puritano que no hace más que trabajar y estar en familia, comisario. No sabes divertirte —responde con sorna—; en cambio yo tengo vida social.

—Comprendo. Su hermano nos ha dicho que Oriol frecuentaba el bar a diario. Será por eso. —Pàmies lo mira con una indiferencia que no siente y Héctor suaviza el tono—. Vas a hacerte cargo de esto, pero bajo mi supervisión, ¿queda claro? Y tengo algunas condiciones.

—Pareces mi madre, *collons*. ¿Qué pasa con tu niño bonito? —Pàmies señala un rincón del establo—. ¿Lo tienes castigado?

—No fastidies, que no estoy para bromas. Se ha perdido una niña en la Gola del Ter. Pondré a Quiroga al mando de la búsqueda. Por eso he pensado en ti.

—Menudo honor, aunque sea por descarte. —Hace una reverencia burlesca y ridícula que exaspera más a Héctor. Después, algo más serio, pregunta—: ¿Por qué yo? No sueles confiar en mí.

—Y no lo hago. Pero eres un gran policía cuando quieres —contesta Héctor despacio—, eres el único que no ha sentido náuseas al ver el cadáver, aunque no estoy seguro de que eso sea bueno. Además, nada de lo que encuentres podrá perturbar tu alma más de lo que ya lo está. Necesito tu experiencia porque no creo que esto acabe aquí. Los tipos que se empeñan en escenificar sus crímenes suelen estar emperrados en contar una historia. Y a ti se te da bien desentrañarlas si... —se asegura de que nadie los oye— no estás bebido.

Pàmies no se molesta en contradecirlo o defenderse. Las cosas son como son. No será él quien niegue esa verdad absoluta. Podría decirle a su amigo que él es un buen policía incluso bebido. Probablemente, más que sobrio. Pero sería poco acertado y quiere el caso. Lo quiere más que cualquier otra cosa. Porque, en realidad, no tiene nada más. Mete las manos en los bolsillos de su gabán beis que pide a gritos un paseo por la tintorería y pregunta:

—Entonces, ¿el caso es mío?

—Siempre y cuando me prometas que no vas a beber. Al menos, hasta que esto acabe.

—Claro. Empezaré ahora mismo. Estoy fresco como una lechuga.

—Embustero. —Héctor se aleja de él unos centímetros y añade—: Apesta a alcohol. Y vete a saber a qué más. Cuando acabes aquí, te das una buena ducha, te cambias de ropa, te afeitas, desayunas algo sólido y...

—¡Eh, eh, eh! Para el carro, ¿acaso quieres matarme? No es bueno desorientar al cuerpo, ¿sabes?

—¿Puedo contar contigo? —Héctor clava sus ojos azules en los de su amigo, vidriosos, delatores de excesos y faltos de sueño.

—Puedes hacerlo.

Y Héctor sabe que dice la verdad. Pàmies utilizará sus propios métodos. Será políticamente incorrecto. Cabreará a cuantos pueda, incluido a él mismo, y no respetará nada ni a nadie. Pero sea quien sea el demente que ha sembrado caos y muerte en el granero, ya puede prepararse.

—Bien. Pues te dejo al mando. Cuenta con los hombres que necesites. Y, por supuesto, mantenme informado al minuto. —Héctor echa un último vistazo al pálido cuerpo de la víctima, a la histriónica cabeza de cabra cosida a su cuello y a la lengua rígida y desvergonzada. El granero parece haberse convertido en un enorme ataúd. Siempre será ya un lugar triste. Violento. Porque el horror se pega a las cosas, a las paredes de los sitios. Y a las personas—. ¡Quiroga! —Marcos se acerca evitando mirar a Pàmies. Las antipatías suelen ser mutuas—. Vaya a la Gola del Ter y ocúpese del caso. Con la luz diurna será más fácil dar con ella. Si hoy no aparece... deberemos pensar en otras posibilidades más graves. Yo regreso a la comisaría. —Marcos asiente y se dispone a marcharse. Si está decepcionado por no poder participar en la investigación del crimen más alucinante perpetrado desde que empezó su carrera, su expresión no da muestra de ello—. Nico está en Llafranc. Tal vez le llame para que nos eche una mano.

Marcos asiente y sonrío pensando en su amigo. Desde lue-

go, le gustará contar con su ayuda. Se despiden de Andreu Mateu advirtiéndole que no dé un solo detalle de cómo ha muerto su hermano.

—Cuanto menos sepa la gente, señor Mateu, más posibilidades tenemos de encontrar a quien ha hecho esto —le comenta Héctor con voz afable.

Después le pide a Casals que, cuando Pàmies lo haya interrogado, le den un sedante y lo acompañen a su casa. Héctor se despide y sale del granero con las primeras luces de la mañana. El gallo tiene la desfachatez de volver a cantar y, como si le importara muy poco el cuerpo sin cabeza de su dueño, le da alegremente la bienvenida al nuevo día.

* * *

El forense jefe Casals levanta la vista para responder a las preguntas de Pàmies, que salen de su boca a toda prisa, como disparos de metrallera. Ya han enviado a casa a Andreu Mateu, y el inspector, decepcionado por sus temblorosas e inútiles respuestas, trata de dar con alguna información útil.

—Aparta esos pies de mi escenario, Tono.

—Ni siquiera están rozando la línea —asegura Pàmies señalando con su índice tembloroso los centímetros que los separan—. No pareces contento, doctorcito. ¿Es porque Héctor me ha dado el caso? ¿Crees que no soy capaz?

—Eres demasiado capaz. Demasiado. Eso es lo que me preocupa.

—Chorradas. ¿Lo mató la flecha? —Esta vez dirige el índice al tórax del cadáver—. Entonces, ¿por qué decapitarlo? ¿O fue al revés, le arrancó la cabeza primero y después disparó la flecha? Pero si fue así, ¿para qué lo hizo? ¿Qué sentido tenía la flecha si ya estaba muerto? ¿Y por qué Uri no gritó, no peleó? Claro que, en ese caso, su hermano habría oído algo. Tal vez haya droga en su organismo. Sería una explicación. O le asestó un mamporrazo que ni siquiera vio venir.

—Escucha, Tono. —El forense se incorpora y sus pequeños ojos lo miran a través del grueso cristal de sus gafas—. La

mayoría de esas preguntas deberás responderlas tú. Los cuerpos saldrán en breve hacia el depósito y haré la autopsia. Ya conoces mi máxima...

—Lo sé, lo sé. —Pàmies pone los ojos en blanco mientras observa con curiosidad cómo un par de hombres retiran con cuidado a la cabra decapitada—. No hablas hasta que has terminado de cortarlos en pedacitos. Pero así no me ayudas, hombre.

—Quedamos mañana. A las nueve en el Anatómico.

—¿Mañana? Falta un siglo para eso.

—No me obligues a ir rápido. Eso no favorece a nadie —recuerda Casals—, a nadie.

—A mí sí.

—Pero a la víctima, no —asegura el forense en su habitual tono suave— y, en realidad, a ti tampoco. Además, así te doy tiempo para asearte.

—Pareces mi madre —farfulla Pàmies, un poco hartado de tanto consejo inútil.

—¿Pero tu madre no era Héctor? —Casals sonrío ante la sorpresa de Pàmies y le da una palmadita cariñosa en la espalda.

La jueza ha ordenado el levantamiento del cadáver y el forense ordena a sus hombres que hagan los preparativos y cierre su maletín. Después mira a la víctima en silencio y Pàmies adivina en sus ojos respeto y tristeza. Sabe lo que está pensando. Que nadie merece una muerte así. Él, en cambio, no va a descartar esa idea hasta que conozca a Uri hasta la médula. Compartir copas de tanto en cuanto no convierte a nadie en íntimo. De hecho, ni siquiera sabía que vivía en esa granja, todo el mundo tiene secretos y nadie es inocente del todo. Incluso alguien tan bien pensado como Casals debería comprender esa máxima. Concentrado en la calva del pequeño forense, le ve ponerse su peculiar sombrero y el impoluto y anticuado loden y sonrío al pensar que es una réplica humana del profesor Tornasol.

—Una cosa más, Casals. ¿Ese Nico es el que estuvo metido en ese lío? ¿El novio de Marina Orozco?

—Lo era —responde parco el forense.

—Entiendo —zanja Pàmies, seguro de que el discreto Casals no añadirá nada más—. Estoy algo desconectado del mundanal ruido, pero recuerdo aquello.

—Todos lo hacemos. Todos. Hasta mañana, Tono.

—Adiós, doctor... —A punto está de convertir de nuevo el título en el diminutivo que tanto le divierte y le va que ni pintado al forense, pero se obliga a parar. Queda poca gente en el mundo que aún lo quiera: Héctor es uno de ellos y Casals el otro. Y, aunque su cariño le molesta en ocasiones, son su única ancla a tierra.

Casals y sus hombres abandonan el escenario llevándose a los muertos: el hombre y la cabra. En su lugar, quedan dos figuras dibujadas en el suelo con tiza blanca, delatando las dos muertes violentas. Pàmies pasea a uno y otro lado con un pitillo apagado colgando de sus labios. Una pregunta rebota en su cabeza una y otra vez: ¿por qué a Uri? ¿Por qué él? Era un tipo inofensivo. Algo hosco, lo normal siendo sordo, pero no molestaba a nadie. Se despide del granero con una última batida visual y sale. Dos rezagados de la Científica se empeñan en encontrar huellas de neumáticos o pisadas, pero quien haya causado este horror se ha preocupado de remover la tierra. Con infinita paciencia, enfundados en sus monos, los hombres clavan en el barro marcas amarillas numeradas. El cielo recién amanecido muestra nubes grises y bajas y la hierba de la granja está cubierta del rocío mañanero. La humedad lo impregna todo y la siente colarse en sus huesos. Pero él no suele perder el tiempo con esos detalles. A su modo de ver, todos los días son iguales. Una sucesión de horas interminables, interrumpidas por negras noches de insomnio y vuelta a empezar. Un agónico día de la marmota, eterno y sin cambios. Enciende el cigarrillo, aspira el humo con todas sus fuerzas y, a salvo de los ojos de los hombres de los monos, saca una petaca de plata del bolsillo de su gabán y echa un trago acompañado de una tos seca y carraspera. Después otro:

—Por ti, Uri. —Un cerdo lo mira desde el cercado y Pàmies ve su propia imagen reflejada en sus ojos—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Quieres contarme algo? —Guarda la petaca y, mientras cami-

na hacia su coche, se estremece de frío y acaricia con los dedos una y otra vez el nombre escrito con letra inglesa desgastada en la pulsera de oro que luce su muñeca derecha: «Amelia».

Llafranc, 21.30

Entra como una tromba en el bar del hotel Llafranc y se acerca a la chimenea. Extiende los brazos con las palmas boca abajo y observa el fuego chispeante, demasiado alegre para su gusto. Espera unos minutos para entrar en calor, antes de quitarse el abrigo.

—*Lo de sempre, Tono?*¹

—*Que sigui doble.*² —Pàmies sonrío pensando en las advertencias matinales, en la ingenuidad de las mismas y en sus falsas promesas. Al oír el tintineo del hielo en la copa, toma asiento en su taburete habitual frente a la barra y, bajo la tenue luz, bebe el primer sorbo. Eso está mejor. Distráido, deja que su mirada vague por el bar del hotel: un par de jubilados juegan al dominó, una pareja cena en una esquina y de tanto en cuanto se besuquea y, al fondo, junto al luminoso árbol de Navidad, una chica rubia demasiado arreglada para el lugar escribe frenética en el ordenador.

—*Avui sembles content*³ —se alegra Carles, el dueño del hotel.

Pàmies se abstiene de confirmarlo y menos aún de explicar el porqué. Podrían pensar que se alegra de un crimen. Y tampoco es eso. O sí. Qué más da. Tampoco cree que Carles necesite una respuesta.

—*S'acosta un temporal de levant* —asegura este—, *el puc olorar.*⁴

Él también lo huele. Como todos los lugareños. El viento se está levantando despacio. Con disimulo. Va a tomarse su tiempo, pero se hará con todo cuando desate su furia. El frío húmedo que reina en la noche no es más que un anticipo del

1. ¿Lo de siempre, Tono?

2. Que sea doble.

3. Hoy pareces contento.

4. Se acerca temporal de levante, lo puedo oler.

temporal que se avecina. Igual que el crimen del granero. Pàmies saborea la primera copa mirando a través de los cristales. Al otro lado del paseo, el mar negro como la noche rompe suavemente en la orilla de la playa, y la estrella de Belén que cuelga en una farola del puerto parece querer tocarle las narices recordándole que se acerca la maldita Navidad.

Llafranc es un pueblo fantasma en estas fechas. Callado y solitario. Como él. Por eso le gusta venir aquí: abandonar su casa demasiado grande de Palafrugell, salir a la noche con su tartana, recorrer el tramo de autovía, sentarse a la barra de este hotel casi vacío, beber y charlar de cosas banales con Carles y algunos vecinos. Jamás pondría un pie aquí en verano. Por Reyes, los de la ciudad vendrán a ver el espectáculo cargados de críos y Carles se vestirá de Rey Mago y repartirá chocolate caliente en la plaza. Y él se mantendrá lejos del patético espectáculo. Pero ahora este es su territorio.

Los viejos que juegan al dominó ríen y Pàmies se dice que quizás el final de la vida sea alegre: hacer lo que a uno le da la gana. Reírse de todo. No dar cuentas a nadie. Entonces recuerda que, de hecho, él ya hace eso y, divertido, pide una segunda copa para celebrarlo y la apura de un sorbo.

Y es entonces cuando se da cuenta de que la chica del fondo no le quita el ojo de encima. Sus miradas se cruzan. Él levanta la copa a modo de brindis, ella se levanta del sillón, abandona el ordenador y se acerca despacio. De forma fugaz, Pàmies reconoce que está muy buena. Una de esas mujeronas que pondría a cualquiera: rubia, buenos pechos, gafas sofisticadas con montura de concha, pintalabios rojo sangre, pelo rubio y camisa blanca estratégicamente abierta hasta donde debe. Es sexi. «Lástima que no estés para estos trotes, viejo —piensa para sí—, te hubiera alegrado la noche».

—¿Me invitas a una, forastero?

—¿Forastero? —Pàmies casi se ahoga de la risa al dar un sorbo del tercer cubata por culpa de la palabreja—. ¿En serio?

—No se me dan bien estas cosas. —La chica está demasiado cerca y su envolvente perfume le marea un poco—. No sé cómo entrarte.

—La pregunta no es cómo —responde Pàmies muy muy despacio—, sino por qué. ¿Qué te interesa de mí? Mírame —se señala a sí mismo—, tengo tripa, el pelo me ralea, apenas me arreglo y fumo y bebo mucho. ¡Ah!, casi me olvido, también soy bastante pobre y demasiado mayor para ti. Las mujeres no se acercan a mí a no ser que... ya me entiendes.

Cualquier otra le hubiera abofeteado en ese mismo instante. Pero ella no lo hace y, en ese momento, Pàmies lo adivina y decide jugar un rato.

—¿Puedo sentarme? —La rubia lo hace sin esperar respuesta—. Me llamo Ainhoa. Estoy en el sector inmobiliario y mi empresa me ha enviado a ver algunos apartamentos y hoteles para el verano. —Demasiadas explicaciones—. Me siento un poco sola, la verdad. Y tú, ¿a qué te dedicas? —La chica se acerca todavía más.

Una ráfaga de aire frío llega hasta ellos cuando se abre la puerta y entra un hombre muy alto de treinta y pocos. Se sienta solo, a la mesa más cercana a la chimenea. Carles debe conocerlo porque corre a atenderlo. El muy nenaza pide un cacao caliente. A Pàmies le apetece tocarle las narices. La rubia ya le está cansando.

—No hay que fiarse de las mujeres ni de los abstemios —exclama asegurándose de que él lo oiga.

Pero el hombre de pelo castaño claro y ojos grises lo mira con cierta indiferencia, levanta el tazón humeante hacia él y brinda al aire.

Carles mira a Pàmies y le pide calma con un gesto. La tal Ainhoa sigue parlotando. El recién llegado habla unos minutos por teléfono, apura su cacao, se acerca a la barra y deja unas monedas mirando la placa de Pàmies con curiosidad, luego a él y sale a la noche. Lástima. Hoy no habrá bronca.

—¿Quién era ese pijillo de ciudad, Carles?

—Nico Ros.

—Vaya, vaya. —Pàmies sonrío con la curiosidad saciada, devuelve su atención a la joven y, con toda su mala leche, suelta—: Cállate ya, embustera. Es suficiente.

—Pero ¿qué pasa? ¿He dicho algo malo? —responde ella con la expresión más inocente.

—Escúchame bien, *paparazzi* de mierda. —Pàmies se asegura de que nadie se está fijando en ellos y la sujeta por el brazo. Aprieta fuerte. El rostro de la joven dibuja una mueca de dolor, pero no se queja—. No sé cómo te has enterado del crimen de esta madrugada, pero lo has hecho. Y apuesto que, a tu diario, sea el que sea, le ha faltado tiempo para enviarte a cotillear. Aves carroñeras, eso es lo que sois. Cuando he entrado, tú ya sabías quién era yo. Has venido preparada. Pero, por si no lo tenías del todo claro, te acabas de asegurar. —Dirige la mirada hacia su propia placa, que descansa en la barra al lado del paquete de cigarrillos y de su móvil prehistórico, y la golpea con el índice—. ¿Me equivoco? No, claro que no. Pero antes bajo al infierno que soltar una palabra. Tus tetas no son tan espectaculares y yo no me vendo por tan poco.

—Es usted un capullo y un borracho, inspector Pàmies. —La voz rezuma rabia.

—Oh, desde luego que sí, como coño te llames en realidad. Pero no soy un corrupto.

—¡Suélteme!

—Ten cuidado con lo que escribes. —Pàmies la retiene un poco más—. La pluma puede matar tanto como el puñal más afilado. —La suelta de golpe y se levanta tambaleándose un poco, pero bastante orgulloso de sí mismo. Recoge sus cosas y, copa en mano, se acerca a los jugadores de dominó.

—*Què, nois?*⁵ ¿Hace una partida?

La rubia se frota el brazo, se abrocha un botón de la camisa, pide su llave, coge su ordenador y sube las escaleras a toda prisa con él a cuestas. Sus mejillas están teñidas de un color tan rojo como el de su pintalabios. Temblando de rabia, entra en su habitación dando un portazo, se deja caer en la cama y coge el móvil para enviar un wasap:

«El pez no ha picado. Pero alguno lo hará».

5. ¿Qué, chicos?